

Sentir la nación desde otras orillas

En este acápite se aborda la nación desde otra perspectiva: la de los márgenes y las orillas de la oficialidad. En la cotidianidad de la Isla del Sol (La Paz) —lugar emblemático del *Pachakuti* Plurinacional— la nación se entreteje, día a día, entre prácticas y rituales agrícolas, festividades, turistas *new age*, migraciones y otras idas y venidas en las que el Estado parece tener menos predicamento del que se pudiera creer. Es la nación *ch'ixi*, donde la lógica del silogismo pierde validez.

Por otra parte, el departamento del Beni es el lugar de la lejanía, la distancia y el olvido estatal, donde el Estado sigue pensando, como antaño, en “sentar soberanía”. A “resguardo” de occidente por unos Andes todavía hoy difíciles de franquear y sorprendentemente desconectado de los mercados globales de la agroindustria cruceña, el Beni sigue siendo un lugar de sorprendente preservación natural e inusual vida provinciana; un paraje de llanos y fronteras riverleñas donde el sentimiento patrio parece inversamente proporcional al relegamiento histórico.

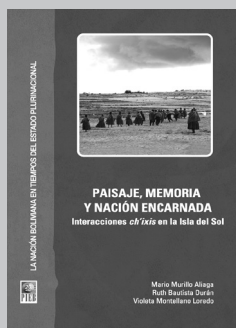
1. La nación *ch'ixi*: ni blanco ni negro sino todo lo contrario

Vivimos en la *macha*, vivimos en la oscuridad, vivimos el egoísmo, vivimos el individualismo, vivimos la división (...). El 21 de diciembre de 2012, hermanos, es el fin del egoísmo, de la división; el 21 de diciembre de 2012 tiene que ser el fin de la Coca-Cola, es el comienzo del *mocochinchi*, del *willkaparu*, hermanos; es el comienzo de la *pacha*, es el fin de la *macha*.²³

Si bien la predicción sobre la transición histórica entre el “tiempo de la Coca-Cola” y el “tiempo del *mocochinchi*” no acabó de cumplirse, estas palabras alegóricas del canciller David Choquehuanca —pronunciadas en el marco del anuncio de la celebración del *Pachakuti* (retorno al equilibrio) en la Isla del Sol, el 21 de diciembre de 2012— forman parte de un discurso retórico plurinacional²⁴ que pudiendo ser profundo, al situarse fuera de contexto y al carecer de un marco de política pública, resulta presa fácil de la ridiculización y de la descalificación por su tono de misticismo andino

23 *Opinión*, 14 de julio de 2012. En: Murillo, 2014: 196.

24 Del que forman parte las alusiones a la longevidad bíblica de los ancianos indígenas, al sexo de las piedras y, recientemente, al episodio del “reloj invertido” de plaza Murillo, que se basa en un fenómeno propio del hemisferio sur denominado “giro sur” (nótese cómo, con los años, estas declaraciones y episodios han perdido gradualmente su capacidad de generar polémica en la opinión pública).



superficial; de “nueva era” (*new age*) al estilo criollo. Este fragmento del anuncio del canciller boliviano sobre la celebración del “*Pachakuti* del Estado Plurinacional” es la pieza introductoria del acápite de la investigación *Paisaje, memoria y nación encarnada. Interacciones ch’ixis en la Isla del Sol* (PIEB, 2014), coordinada por Mario Murillo, en el que se analizan las escenificaciones estatales de la etnicidad contrapuestas a un “diálogo” genuino con el paisaje.²⁵ El análisis de este evento es particularmente significativo pues esta celebración —que coincidía con los augurios apocalípticos a propósito del fin del calendario maya— fue el intento más esforzado (ya en tiempos plurinacionales) por ratificar la sincronía indigenista estatal (algo necesario, sobre todo, después de la crisis del TIPNIS).

25 En este estudio, el paisaje trasciende la mera perspectiva óptica para adquirir dimensiones profundamente subjetivas: “El paisaje nos obliga a renunciar a la pretensión egocentrista de la razón y nos invita a entablar conversación, a participar de la fiesta y a perdonar los ultrajes de la alteridad que finalmente no hemos sembrado nosotros” (Murillo, 2014: 232); “en la Isla del Sol el paisaje nos mostró que la hacienda enclaustraba a la comunidad y la isla misma enclaustraba a la hacienda” (*Ibid.*: 232); “El relacionamiento con el paisaje que da forma a las comunidades en la Isla del Sol muestra el carácter móvil de la nación en los Andes. Las relaciones mercantiles, sociales y culturales alrededor del Lago Titicaca, dan cuenta de la importancia del paisaje frente a las fronteras nacionales” (*Ibid.*: 233).

Además de mostrar el ímpetu del equipo de jóvenes investigadores que hicieron de su investigación en la Isla del Sol una experiencia de vida con vocación “descolonizadora”, el análisis crítico de este *Pachakuti* oficialista muestra la capacidad de la práctica etnográfica y su alcance crítico. He aquí, los aportes más destacados al respecto:

1. *Un Pachakuti gubernamental revestido de promoción del turismo etno-místico*: El anuncio de esta celebración sucedió poco antes de que también se anunciara la inversión de casi Bs 46 millones para la construcción de un aeropuerto (Tito Yupanki) en Copacabana. El reforzamiento de la promoción de la Isla del Sol como un lugar sagrado propio de la espiritualidad andina y la celebración del *Pachakuti* como escenificación de la etnicidad a escala global, condicen con una oferta de turismo místico global (en el ámbito del movimiento *new age* se habla de una transición zodiacal de campos energéticos, de los Himalayas a los Andes) cuya presencia en la Isla del Sol se pudo constatar durante el trabajo de campo el equipo.
2. *La prevalencia de una discursividad sobre lo indígena producto del multiculturalismo y del etnodesarrollo*: Asociando el *Pachakuti* con otros eventos promovidos por el Gobierno —como la Conferencia

Mundial de los Pueblos sobre el Cambio Climático y los derechos de la Madre Tierra (2010)— se puede deducir que gran parte de la filosofía del “vivir bien” obedece a una estrategia de emplear principios universales para captar nuevos actores afines al proceso de cambio. Aunque Bolivia goza de cierta imagen internacional como referente por la lucha de sus movimientos sociales, muchos de los activistas que participan en los eventos descritos forman parte de una dinámica global funcional a las lógicas coloniales y civilizatorias.

3. *La interpelación de las comunidades de la Isla del Sol*: Aunque algunos comunarios se beneficiaron con la realización del *Pachakuti*, en la investigación se recogen diversos testimonios que interpelean esta celebración por varios motivos: las disputas que se ocasionaron entre las comunidades de la isla (Challa y Challapampa); la presencia de un dispositivo de embarcaciones de la Armada boliviana, helicópteros e instalaciones en la bahía de Qhona por completo ajeno a lo nativo isleño; la ausencia de maestros de la isla en la celebración de los ritos andinos; y el “basural” en que quedó convertido el lugar de escenificación de la nueva era del “buen vivir”. Además, con bastante humor, los comunarios reconocen haber vendido, ellos mismos, Coca-Cola...
4. *Un Pachakuti ajeno a las rutinas festivas de la Isla del Sol*: Pero la crítica más consistente recogida en los testimonios es la que señala que la alimentación cotidiana y el ciclo agrícola y ritual que conforman la vivencia territorial de la

isla estuvieron ausentes del festejo. “No es necesario inventar una fecha [de celebración] existiendo *Sata Qallta* o San Andrés”, dice un comunario reivindicando el valor de las festividades locales asociadas a un ciclo agrícola que se basa en el cultivo de papa y haba. La presencia y descripción etnográfica de estos rituales —en lo que constituye una suerte de “doctrina cristiana andina”— es uno de los aportes más interesantes del libro.

Además de los contenidos del análisis sobre la composición de la nación vista “desde abajo”, una faceta destacable de este trabajo es que muestra cómo ejerce la antropología una nueva generación de jóvenes profesionales. En primer lugar —y tal vez como un rasgo epocal— se trata de una generación poco propicia para las idealizaciones de otrora (“nuestros debates han tenido que ver con la idealización de las prácticas rituales o un intento descarnado por aceptar el devenir de la comunidad originaria en descomposición” [*Ibid.*: 232-233]), que asume las limitaciones de toda pretensión científica (“asumimos la carga antropocéntrica de toda ciencia” [*Ibid.*: 231]) y su condición “foránea” a la comunidad (“nuestra visión, aún con toda la disposición al diálogo, no deja de ser externa” [*Ibid.*: 232]). Con todo, se trata de una práctica etnográfica que apuesta por lo vivencial (“el intento de acercarnos al mundo indígena no está mediado por características biológicas o culturalistas, más bien surge a partir de prácticas vividas” [*Ibid.*: 237]) y que entiende la investigación social como “peregrinaje” y no como dogma:

Si quisiésemos comprender la investigación social como un peregrinaje, la nuestra lo ha sido por la búsqueda del diálogo con los isleños contemporáneos. Esta sensación de vivir el pasado en el presente y verse envuelto en la agencia que cobran los objetos y los lugares, nos ha llevado a la noción de paisaje (*Ibid.*: 232).

Pero más allá de esta “poética de principios”, ¿cuál es el aporte de esta investigación en relación a la nación y al Estado? En primer lugar, a diferencia de las cinco investigaciones correspondientes a esta convocatoria que se han reseñado en los puntos anteriores, en este estudio no se analiza el hecho estatal desde la compostura del discurso, los símbolos o las acciones oficiales sino que se plantea “un desplazamiento entre el abordaje que otorga énfasis en el papel del Estado hacia una comprensión de la nación encarnada a partir de mecanismos prácticos en la relación con el paisaje” (*Ibid.*: 234). En otras palabras, el punto de partida es la desmitificación en torno a las propuestas convencionales sobre la construcción de la identidad nacional en su vínculo del Estado pues éstas “hacen un énfasis desmedido en el papel que el Estado cumple en la formación de la identidad nacional” (*Ibid.*: 230). En oposición a la idea del “leviatán” todopoderoso o del Estado “orwelliano” facultado para entrometerse hasta en la conciencia del ciudadano, en este estudio se describe un Estado bastante más modesto de lo que podría creerse si se juzga su capacidad para ordenar los sentidos de la vida rural.

Después de todo, el resultado del enfoque es un relato etnográfico generoso y bien

elaborado —aunque tal vez falto de alguna información cuantitativa contextual que acompañe la narración— de todos aquellos elementos que hacen de la Isla del Sol un enclave ineludible de la nación: el pasado mítico como cuna del incario, su ambigüedad jurisdiccional histórica entre Perú y Bolivia, las exploraciones arqueológicas, la constitución de la hacienda, la lucha por la educación para los indígenas, la implantación del sindicalismo *movimientista*, la aparición del turismo como un fenómeno de dislocación y adaptación local, las prácticas productivas agrícolas, la ritualidad de las comunidades, sus acciones para la recuperación de sus tierras, y los ciclos migratorios demográficos transnacionales recientes.

Aunque la investigación invoca una metodología innovadora —ordenando las ideas en tres espacios diferentes: un lado *kupi* (derecho) en el que se agrupan las prácticas que parten de la forma patrimonialista de acercarse al paisaje; un lado *ch'iqa* (izquierdo) en el que se da cuenta de prácticas vinculadas al manejo ritual y cotidiano del paisaje; y un lugar (*taypi*) en el que se entretajan las interacciones entre las anteriores formas— lo cierto es que el relato etnográfico se desenvuelve de una forma cronológica bastante convencional que va desde la revisión de las fuentes coloniales —los cronistas del siglo XVIII que reportan el pasado legendario de los “hijos comisionados” del astro sol (Manco Capac y Mama Ocllo) y las apelaciones a *Wirakocha* como premonición de la llegada del hombre blanco— hasta la recolección de historias de vida de isleños que emigraron a Buenos Aires y que pudieron testimoniar,

entre otras cosas, los dramáticos sucesos del Parque Indoamericano, a fines de 2010.²⁶ En suma, se trata de un retrato bastante amplio y completo de las distintas facetas (lo comunal-agrícola, la religiosidad y las festividades, el turismo, la presencia “intrusiva” estatal a través de las exploraciones arqueológicas submarinas, las migraciones y las disputas internas) que configuran la trama particular de la identidad entre los isleños.

En este sentido, la conclusión central es que en esta latitud circunlacustre la multiplicidad de prácticas de significación observadas muestra que la nación se constituye en términos contenciosos, a través de una “negociación compleja entre el Estado con una activa vida comunitaria” (*Ibid.*: 229). Es decir que el hecho nacional no viene impuesto “desde arriba” sino que se encarna a partir de diálogos rituales como el “despacho del granizo” (rito para ahuyentar el granizo); de las festividades locales-nacionales como el 2 de agosto; de las prácticas de afirmación y resistencia étnica; de la incorporación de huayños en fechas cívicas como la antes mencionada; de la vivencia extraterritorial de la migración y el retorno; de los circuitos mercantiles transfronterizos; y de una identidad que oscila adoptando lo que conviene a un lado y al otro de la demarcación imaginaria entre Bolivia y Perú.

Es aquí donde adquiere relevancia la noción de lo *ch'ixi* que es el cimiento teórico de la investigación. Este concepto, desarrollado inicialmente por la socióloga Silvia Rivera, tiene diversas connotaciones:

...es un color producto de la yuxtaposición, en pequeños puntos o manchas, de dos colores opuestos o contrastados (...) Es ese gris jaspeado resultante de la mezcla imperceptible entre blanco y negro, que se confunde para la percepción sin mezclarse del todo. La noción *ch'ixi*, como muchas otras (*allka*, *ayni*) obedece a la idea aymara de que algo es y no es a la vez, es decir, a la lógica del tercero incluido. Un color gris, es blanco y no es blanco a la vez, es blanco y también es negro, su contrario (...) lo *ch'ixi* conjuga el mundo indio con su opuesto, sin mezclarse nunca con él (Rivera, 2006: 11. En: Murillo, 2014: 236).

No cabe duda de que el intento de traducción de lo aymara a lo español (muchas veces casi imposible por corresponder con ideas sin equivalencia e intraducibles) —y su conversión en categorías de análisis sociológico— tiene una capacidad metafórica encomiable. Es lo que, al parecer, afortunadamente sucede con el vocablo *ch'ixi*. De hecho, en el seminario de presentación de las ocho investigaciones desarrolladas en el marco de la convocatoria, que se realizó el 17 y 18 de marzo de 2014 en el Museo Nacional de Etnografía y Folklore (MUSEF)²⁷,

26 Ésta es una de las áreas verdes más grandes de Buenos Aires, de 120 hectáreas, ubicada en el barrio de Villa Soldati y que solía ser un punto de encuentro y recreación de migrantes, sobre todo, bolivianos y paraguayos. En diciembre de 2010 ocurrió un enfrentamiento a raíz del asentamiento informal de un gran número de familias que ocasionó la muerte de tres personas (dos de ellas, bolivianos).

27 Es destacable el esfuerzo de difusión y socialización de los resultados de las investigaciones llevado a cabo por el PIEB como parte de su modelo de gestión de la investigación, que incluye este tipo de seminarios, además de otras actividades como coloquios de presentación de las publicaciones.

el comentarista de esta investigación —el sociólogo Esteban Ticona—, después de elogiar el uso de “categorías propias” para el desarrollo de la investigación etnográfica, señaló que, a su parecer, la traducción más apropiada de *ch'ixi* no sería “gris” sino “manchas menudas en la piel”. Qué mayor amplitud polisémica se puede pedir...

Al fin, lo *ch'ixi* pretende superar los principios homogeneizantes y excluyentes del mestizaje propagados, principalmente, por la Revolución Nacional del 52, y celebra la vivencia de un abigarramiento “donde la indeterminación es la mayor potencialidad de las identidades en disputa” (*Ibid.*: 236). Pero, ¿cómo redonda esta distinta intelectualización de la identidad, lo indio y la nación en la dinámica del Estado Plurinacional? Por lo menos en cuatro dimensiones que subraya la investigación:

- El indigenismo multiculturalista que profesa el Estado Plurinacional, expresado en un sinfín de interacciones (desde la labor de la escuela hasta la celebración del *Pachakuti*) mantiene continuidad con los contenidos heredados del Estado del 52 y expresa muy pocos cambios en su manera de constituir nación en la Isla del Sol. El Estado sigue acercándose a las comunidades verticalmente, sin conocer ni incorporar las prácticas rituales y cotidianas de sus habitantes.
- La práctica estatal sobre el paisaje sigue siendo de colonización. Por ejemplo, la Ley Marco de la Madre Tierra y el Desarrollo Integral para Vivir Bien

enfatan valores del “vivir bien” afines con las prácticas de las comunidades, siempre y cuando sus mecanismos de *efectivización* de la ley en el momento de ejercer políticas públicas sean afines a la satisfacción de los intereses del Estado.

- Las categorías de identidad manejadas desde el Estado Plurinacional reeditan la construcción occidental del cuerpo moderno, que han establecido la individuación del sujeto, separándolo del paisaje.
- En la vida cotidiana y en la ritualidad de las comunidades de la isla, se da una dialéctica sin síntesis de diversos contenidos que ponen en duda la retórica indigenista del Estado Plurinacional en su intento por plasmar una identidad esencialista y cerrada que no se vive en la práctica de las comunidades.

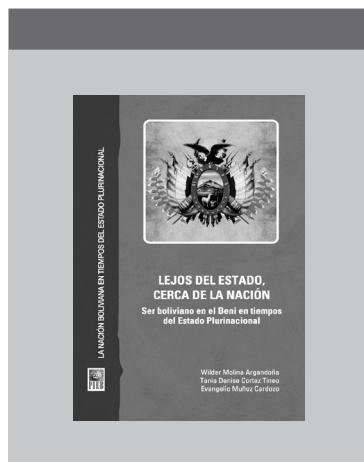
2. Vivir la patria desde el Beni: lejanía, distancia y pertenencia

Aunque resulte un cuestionamiento quizá un tanto abstracto, cabe preguntarse cómo se vive la patria desde el Beni. El título de la investigación *Lejos del Estado, cerca de la nación. Ser boliviano en el Beni en tiempos del Estado Plurinacional* (PIEB, 2014), coordinada por Wilder Molina, sintetiza a la perfección la tesis central de este estudio: a pesar de su lejanía respecto al núcleo estatal —no sólo física, sino también política, étnica y cultural— el Beni alberga un claro sentimiento de pertenencia y adscripción nacional que se sustenta, al menos, en tres elementos (Molina, 2014: 179):

1. La historia y la educación han instaurado en el imaginario el sentido de pertenencia y lealtad al Estado nacional.
2. La participación activa de la población beniana en la Guerra del Chaco ha marcado la adscripción beniana a lo boliviano.
3. La condición de frontera con Brasil ha significado que el beniano (especialmente, el poblador indígena) cumpla la función de resguardar la soberanía territorial frente a un vecino colosal en todos los sentidos.

Estas afirmaciones —respaldadas en testimonios de autoridades locales, vecinos y líderes indígenas presentados a lo largo del documento— parecen confirmar las estadísticas y la hipótesis del trabajo coordinado por Daniel Moreno (ver punto 2 del Capítulo II), en sentido de que no existe contradicción entre identidad regional e identidad nacional, y que a mayor ruralidad, mayor adscripción a lo nacional. Paradójicamente, según parece, cuanto más pronunciado es el desdén y el desentendimiento histórico estatal, mayor deseo y necesidad existe de ser considerado parte de la nación (esto sucede, comúnmente, en las áreas rurales donde se suele escuchar el reclamo de “nosotros también somos bolivianos”). Y es que uno de los rasgos de la desigualdad en Bolivia es la flagrante asimetría entre el desarrollo del eje central (La Paz, Cochabamba y Santa Cruz) y el del resto del país. Esta incondicional adscripción beniana a lo nacional, se analiza en la investigación en los siguientes términos:

El sentimiento nacional de boliviano en el indígena y no indígena beniano, no sólo



representa el respeto a las reglas de juego nacional, llámese leyes, disposiciones, aportes al erario nacional, etc., sino diríamos una lealtad parecida a la sumisión. El beniano persiste leal al Estado nación en el tiempo, muy al margen de los beneficios y atenciones estatales. Esto demuestra un profundo arraigo y lealtad a la nación boliviana, por encima de las vicisitudes económicas, culturales o sociales (*Ibid.*: 179).

Claro que si se hace una breve prospección histórica se verá que la lealtad del Beni a la nación parece estar siempre “pendiendo de un hilo”, es decir, “bajo sospecha”. El Estado se muestra sempiternamente receloso al no ser capaz de “sentar soberanía” en estas tierras que fueron territorio de colonias y cuya vecindad con una potencia acostumbrada naturalmente (en el pasado) al despojo y la anexión territorial es una amenaza latente:

El territorio beniano, desde su creación con la formación de la República ha sido escenario de viajes de exploración y reconocimiento territorial desde el centro andino estatal, y en ese trayecto se ha definido como

una geografía de colonización y objeto de civilización (*Ibid.*: 9).

Podría decirse que hay una cierta continuidad en esta lógica estatal exploratoria: mientras en las postrimerías del siglo XIX, Manuel Vicente Ballivián fungía como Delegado Nacional de Colonias y fue uno de los primeros viajeros al norte beniano (dando nombre a una de sus provincias) (*Ibid.*: 37), recientemente, en pleno siglo XXI, el Gobierno creó la Agencia para el Desarrollo de las Macroregiones y Zonas Fronterizas (ADEMAF) y puso al frente a uno de sus “hombres fuertes” (Juan Ramón Quintana, actual Ministro de la Presidencia) en un empeño que tiene resabios de lo que antaño hiciera don Manuel Vicente: precautelar la estatalidad de estos territorios alejados. Objetivo que, de algún modo, contradice el espíritu autonómico de la nueva Constitución y la tendencia hacia una descentralización cuyo principio es que las autonomías (departamentales, municipales e indígenas) desarrollen las capacidades suficientes para enfrentar y resolver sus problemas (previa asignación de recursos, por supuesto).

Así, exploración y punición son dos de los sedimentos de la memoria beniana en relación con el poder y el Estado en una oscilación histórica jurisdiccional entre el occidente andino y el oriente cruceño. Como se recoge en la investigación (*Ibid.*: 95-96), en tiempos de la Colonia, el 5 de agosto de 1777, mediante Cédula Real, se crea la Gobernación Político Militar de Moxos y Apolobamba que comprendía las misiones de estas dos regiones. Esta forma de organización político-administrativa subsistió hasta 1823 cuando el Brigadier Francisco Xavier

Aguilera, Comandante Militar de la Nueva Intendencia de Santa Cruz, al retorno de su expedición punitiva para sofocar la rebelión de los *canichanas* en San Pedro anexó, de facto, esta Gobernación a la Intendencia de Santa Cruz. Poco menos de dos décadas después, en 1842, el Presidente José Ballivián independizaría la provincia de Moxos del departamento de Santa Cruz, en un gesto que para la élite cruceña representaría “una pérdida de su despensa provincial y de la mano de obra indígena, tratada a punta de abusos” (Mejía, 2012. En: Molina, 2014: 96-97).

Esta articulación problemática a la nación es algo que todavía pesa en materia de identidad local. La cuestión geográfica, como impedimento e imposibilidad de “consumar” físicamente la nación, ha sido un elemento constante en el pensamiento político y sociológico boliviano que veía en el agreste desnivel andino-amazónico un insalvable obstáculo para la viabilidad nacional. Esto, además, fustigado por la conciencia de las pérdidas territoriales que dejaron al Estado en la mitad de lo que era —en cuanto a superficie— cuando éste nació a la vida republicana. No deja de ser cierto que Bolivia ha sido, durante gran parte de su historia como república, un enorme territorio sin nación que lo poblara.

Este impedimento era (y es) una cuestión de distancia pero, sobre todo, de topografía. Aunque la distancia entre La Paz y Trinidad (594 km) es casi la misma que la que media entre Santa Cruz y Trinidad (552 km), aún hoy —con 189 años de república a las espaldas— el Estado no ha conseguido construir una vía asfaltada que conecte los llanos del

Beni con los Andes, es decir, con todo el mercado de occidente. Por otra parte, como se anota en la investigación, desde el extremo oriental, la carretera Santa Cruz-Trinidad recién se inauguró en 1990. A nueve años de iniciado el “proceso de cambio”, actualmente está en construcción (con serios problemas de ingeniería para vencer la cordillera) el tramo Caranavi-Yucumo (que es la puerta de ingreso al Beni) y, desde ahí, los ramales hacia Rurrenabaque e Ixiamas (norte de La Paz) y hacia San Borja y Trinidad. A este ritmo —y conocido lo sucedido con tramos como el de Cotapata-Santa Bárbara— cabe preguntarse si cuando el país celebre el Bicentenario de su independencia, en 2025, el Estado habrá conseguido integrar, vía terrestre, al Beni.

Esta situación provoca, sin duda, una sensación de anacronismo tecnológico pues Bolivia dispone, en 2014, de un satélite que la conecta, en tiempo real, al mundo y al espacio pero no dispone todavía de una infraestructura nacional que configure la “red vial fundamental de la patria”. La discusión en torno a la construcción de una carretera entre Villa Tunari (Cochabamba) y San Ignacio de Moxos (Beni), a través del Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboro Séure (TIPNIS) también se puede enfocar desde esta perspectiva. Al margen de las implicaciones ecológicas del emprendimiento, este tramo representa —desde el punto de vista estatal— la definitiva vinculación de la economía beniana con los mercados globales (como zona de tránsito pero también como probable

agente proveedor), la articulación entre el Beni y los departamentos del occidente y, al mismo tiempo, una posibilidad de equilibrio frente a la influencia cruceña en la región.

Aquí, es preciso subrayar un punto que explica, a cabalidad, las condiciones de la nación y del Estado en Beni y que es la constatación de su persistente desconexión de los mercados (tanto nacional como global). Quien crea que en Bolivia lo oriental es uniforme y homogéneo se engaña pues pocas cosas en el país hay tan llamativas como la disparidad de desarrollo entre Santa Cruz y Beni; departamentos fronterizos y hermanos (el segundo ex provincia del primero). De nuevo, esto tiene que ver con la acción del Estado y con las condiciones del desarrollo nacional; el Plan Bohan y el Nacionalismo Revolucionario acabaron por sembrar la semilla de lo que hoy es Santa Cruz; una economía altamente globalizada²⁸, por la vía de la agroindustria, de los hidrocarburos y de lo ilícito (Brasil es hoy, con diferencia, el primer consumidor de la cocaína que se produce o que transita por Bolivia). Sin embargo, a pesar de la continuidad geográfica y natural, el Beni quedó al margen de esta expansión. Un dato es suficiente para ilustrar esta “brecha”: en medio siglo (entre 1950 y 2000) la población de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra pasó de 50 mil habitantes a más de un millón mientras que, en el mismo período, Trinidad registró un crecimiento demográfico que no superó los cien mil habitantes (de 10.600 habitantes en 1950 pasó a 75.540 en 2001)²⁹.

28 No hay que olvidar que las preferencias de la Comunidad Andina de Naciones (CAN) permitieron desarrollar la agroindustria sojera cruceña vinculándola al mercado externo.

29 Fuente: “Diagnóstico del municipio de Trinidad”, Universidad Autónoma del Beni “José Ballivián”. Disponible en: www.uabjb.edu.bo/ecominga/.../DIAGNOSTICO%20TRINIDAD.doc

Por qué el capitalismo agroindustrial cruceño no se expandió al Beni sigue siendo una incógnita digna de estudio. De lo que no cabe duda es que esta realidad implica, en correspondencia, una configuración distinta tanto de las élites locales como del tipo de regionalismo (de la identidad local, en definitiva); un hecho que, a los ojos del Estado central, no siempre es fácil de discernir. Sobre estos aspectos, el estudio aporta algunas valoraciones significativas:

Cierta forma de regionalismo se vincula con la globalización y tiende a rebelarse contra el poder del centro estatal que habla en nombre de la nación, en la medida en que les abre oportunidades a grupos empresariales y a sus élites en la conexión de negocios con centros y mercados internacionales. Esto no ocurre con los movimientos regionales en el Beni. En un futuro, cuando se abran carreteras estables entre Rondonia y Beni, y al mismo tiempo se generen procesos económicos de industrialización interna y gran producción, puede que esto incida en esa dirección, en la emergencia de otro tipo de identidad regional menos acoplada al sentimiento boliviano como no ocurre hoy, a pesar del abandono estatal que todavía se reclama. Por eso concluimos que en el Beni tenemos un regionalismo en busca de protección estatal, orientado al logro de políticas estatales. En el caso de Santa Cruz esto es diferente; lo que menos se busca es la protección del Estado hacia sus necesidades básicas, [en este caso se trata] más bien de una estrategia de contención del Estado central en su modelo económico de desarrollo, ya vinculado a la economía de la globalización justamente (*Ibid.*: 180).

En este mismo ámbito de reflexión, cabe subrayar como uno de los aportes más consistentes del estudio, la reflexión en torno al carácter del regionalismo y de la demanda regional del Beni, generalmente confundida con la posición cruceña. Como se analiza en la investigación, la posición beniana tiene su propia fisonomía:

Ni el movimiento regional ni el regionalismo son, en el Beni, una unidad de acción y de discurso; son, más bien, un campo de disputa de por lo menos dos bloques de actores: los que se alían al MAS y los que se oponen. En ambos casos se trata de un regionalismo pro estatal, al menos coherente con las condiciones del departamento: su débil estructura industrial y una sociedad civil muy reducida con fuerte influencia de la acción estatal, sin actividad estatal de transformación que les permita solvencia política (*Ibid.*: 180).

Las características del “encaje” del Beni en la idea de nación boliviana serían incomprensibles si no se atiende a ciertas particularidades benianas que hacen de este departamento un caso singular:

1. *La enorme superficie geográfica:* Con 213 mil km², el Beni es el segundo departamento más grande del país; comparativamente, su extensión equivale a la República de Guyana (la ex Guayana Británica que tiene frontera con Surinam y Venezuela).
2. *La escasa densidad poblacional:* Con 421 mil habitantes, el Beni es el segundo departamento menos poblado del país (después de Pando) y registra una

densidad de 1,99 hab./km² (el promedio nacional es de 9,13 hab./km², el más bajo de Sudamérica, después de Guyana y Surinam).

3. *La extraordinaria biodiversidad y alto grado de preservación de la naturaleza:* Como es sabido, la conservación de los recursos naturales es inversamente proporcional al número de carreteras existentes (“a menos carreteras mayor conservación”, podría ser la máxima). En este sentido, la “desconexión histórica” del Beni representa una ventaja ecológica. Con tres áreas protegidas nacionales y ocho subnacionales —tal vez las más representativas sean el TIPNIS, Pilon Lajas e Iténez—, Beni es el segundo departamento en superficie natural protegida. Con 3,1 millones de hectáreas, las áreas protegidas subnacionales del Beni (departamentales y municipales) representan el 37% de la superficie total en esta modalidad (Ministerio de Medio Ambiente y Agua, 2012: 47).

Existen, sin duda, muchos otros elementos de la idiosincrasia beniana que podrían destacarse y que están subrayados en el estudio (como la doble identidad moxeño-misional, por un lado, y amazónica-riberalteña, por otro; la fuerte impronta religiosa jesuítica y, durante las últimas dos décadas, el factor migrante andino decisivo en la nueva

configuración social local) pero, ante todo, el aspecto en el que vale la pena hacer hincapié —por su incidencia en el ideario del Estado Plurinacional— es que el Beni es el departamento más “pluriétnico” del país pues alberga, al menos, a la mitad de los pueblos indígenas reconocidos por la nueva Constitución (18 de los 36).³⁰

Aunque demográficamente, aún sumados, estos pueblos indígenas son minoría —pues representan una población de 90.288 habitantes frente a los 421 mil de todo el departamento (es decir, un 21% del total)³¹—, no cabe duda que, cualitativamente, son el *alma máter* de la plurinacionalidad, su quintaesencia. Por ello, las valoraciones que contiene la investigación al respecto bien pueden considerarse como el aporte más importante de este trabajo, que se sintetiza a grandes rasgos a continuación, complementándolo con algunos otros datos:

1. El estudio recuerda una faceta de la autonomía indígena originario campesina que casi ha pasado al olvido estos últimos años y es que una de las modalidades de autonomía indígena es la vinculada con los Territorios Indígena Originario Campesinos (TIOC) —anteriormente denominados Tierras Comunitarias de Origen (TCO)—, cuya formulación está establecida en el primer inciso del artículo 291 de la CPE.

30 Baures, canichanas, cavineños, cayubabas, chacobos, pachahuaras, tsimanés, esse eija, itonama, joaquiniano, maropa, moré, movima, mojeño-ignaciano, mojeño-trinitario, sirionó, tacana y yuracaré.

31 Estos datos proceden de un cálculo propio a partir del detalle de los datos del Censo 2012 disponibles en la investigación de esta convocatoria coordinada por Vincent Nicolas (2014: 83), por lo que pueden ser no del todo precisos si se considera que la población total de algunos pueblos indígenas referidos está repartida entre los límites del Beni con otros departamentos (La Paz y Cochabamba, principalmente). Sin embargo, ante la ausencia de un dato oficial al respecto, se considera que esta sumatoria tiene un valor aproximativo importante.

En la investigación se menciona que en el Beni existen 19 TCO y se deja abierta la cuestión de su conversión a TIOC, a través de esta modalidad de autonomía. Este es un “agujero negro” en relación a la autonomía indígena en todo el país, pues cuatro años después de aprobada la Ley Marco de Autonomías y Descentralización “Andrés Babiáñez” (N° 031), de 19 de julio de 2010, no se conoce que existan avances en esta modalidad y no existen estudios e investigaciones que expliquen qué está sucediendo en esta materia³²:

¿Cuántas autonomías indígenas se proyectan en el Beni? Todavía no se tiene una propuesta y análisis a detalle, entre las organizaciones indígenas. Se piensa que el TIPNIS y el TIM son las más viables, ambas en la provincia Mojos. La CPE dice en su artículo 290 que el autogobierno de la autonomía indígena se ejercerá de acuerdo a sus normas, instituciones, autoridades y procedimientos, conforme a sus atribuciones y competencias, en armonía con la Constitución y la Ley (*Ibid.*: 183).

2. Una cuestión que no se aborda en la investigación pero que es colateral a la referida en el punto anterior, es la conversión de municipios en autonomía indígena (que es otra de las modalidades contempladas por la CPE). Siendo el Beni el departamento más “pluriétnico”

del país —y además un departamento pionero en la presencia de concejales y alcaldes indígenas en los municipios— es muy significativo que ningún municipio beniano haya optado por la autonomía indígena.³³ Tampoco existen trabajos académicos que expliquen esta situación que no guarda relación con la historia de marchas y luchas de los pueblos indígenas de tierras bajas en demanda de autonomía y constituyente.

3. Otro aspecto relevante es el hecho de que la nueva simbología adoptada por el Estado Plurinacional —la *wiphala*, concretamente— no ha logrado una receptividad plena entre los actores sociales benianos. Un claro ejemplo de ello es que en el desfile patrio del 6 de agosto de 2013 en Trinidad, ninguno de los participantes de la sociedad civil trinitaria incluyó la *wiphala* en su paso por el balcón oficial del Gobierno Departamental, donde sólo fueron izadas la bandera tricolor y la bandera beniana, acompañados de un danzante machetero (*Ibid.*: 143).
4. En esta misma línea, otro aspecto que se subraya en la investigación es la marginación de los referentes indígenas de tierras bajas de la construcción historiográfica plurinacional. En este sentido, en el estudio se remarca que en el período colonial-misional se constituyeron, en los llanos de Mojos, los fundamentos de una “identidad indígena subestatal con

32 Hasta donde se conoce no existe ninguna solicitud formal de autonomía indígena por la vía de los TIOC (ver: Albó, Xavier. “Situación y perspectivas de la autonomía indígena en Bolivia. Panorama en cuatro municipios”. En: *Primer Foro Andino Amazónico de Desarrollo Rural*. La Paz: CIPCA, p. 215).

33 De los 12 municipios en los que se realizó un referéndum para la conversión en autonomía indígena, el 9 de diciembre de 2009, cinco eran de Oruro (Curahuara de Carangas, Salinas de Garci Mendoza, Chipaya, San Pedro de Totora y Pampa Aullagas); tres de Chuquisaca (Mojocoya, Tarabuco y Huacaya), dos de La Paz (Jesús de Machaca y Charazani), uno de Potosí (Chayanta) y uno de Santa Cruz (Charagua).

la instalación de gobiernos y cacicazgos indígenas, en 1810” (*Ibid.*: 179). Es el caso de Juan Maraza, cacique *canichana* que en 1802 protagonizó un levantamiento contra el Gobernador de la época y que, según la investigación, constituye “el primer gobierno indígena que sienta bases de una autonomía regional”, en contraste con lo que había sucedido con los intentos de emancipación en los Andes, donde “todos los intentos de un autogobierno indígena habían fracasado” (*Ibid.*).

5. A pesar de todos los procesos de transformación en la representación política, la emergencia de lo plurinacional todavía no logra convencer al conjunto de los actores benianos. Si bien existe cierto nivel de reconocimiento hacia las transformaciones estatales, también se percibe con bastante pesimismo el alcance real de estos cambios. El enunciado de las políticas de pluralismo aún se queda en un plano meramente retórico. En el Beni, existe una fuerte crítica a la preeminencia de un Estado andinocéntrico. Se coincide en señalar que tanto el Estado colonial como el Estado Plurinacional confluyen en manifestar una visión andina de las realidades regionales.

En suma, puede afirmarse que la implantación del Estado Plurinacional en tierras bajas está todavía rodeada de incertidumbre y dudas. Si bien, por una parte, como se señala en la investigación, “con el Gobierno de Evo Morales la inversión en carreteras, energía eléctrica y servicios básicos se presenta como la más grande de toda la historia [del departamento]” (*Ibid.*: 10), por otra

parte, ésta no parece ser sino una reproducción de la forma convencional como el Estado siempre ha tratado de aproximarse al Beni: con una “oferta” de integración, a través de carreteras, electricidad y obra pública “pura y dura”.

Esto se confirma con el destacamento de batallones de ingeniería —inicialmente con recursos de Venezuela— para la construcción de un “anillo” de contención en Trinidad que proteja el núcleo de la ciudad de las inundaciones; con diversas obras de pavimentación en Riberalta (cuya inversión puede leerse como una forma de equilibrar el poder político tradicionalmente conservador de la capital); y con la periódica asistencia —en formato de campaña centro-periferia— a los desastres cíclicos ocasionados por las temporadas de lluvias y por la vocación inundable de gran parte de las llanuras del Beni.

De lo que no cabe duda, en síntesis, es que a pesar de la distancia entre la retórica y la realidad plurinacional, el Beni es un territorio de disputa electoral en la que también se dirimirán pleitos sobre identidad, región y nación. Al igual que sucede en Santa Cruz, hasta los comicios generales de 2012, Evo Morales y el MAS no habían conseguido ganar ningunas elecciones nacionales en este departamento; es comprensible, por ello, el empeño y los recursos destinados para obtener el primer triunfo oficialista en esta plaza, lo cual significaría, sin lugar a dudas, un cambio histórico (al margen de la baja incidencia del voto beniano, por su peso numérico, en el resultado nacional). Sin embargo, el inesperado triunfo (pues todas las encuestas lo daban como perdedor)

del candidato opositor Carmelo Lenz en las elecciones departamentales de enero de 2013, puede ser leído como un apego a lo regional y una forma de resistencia a que el oficialismo controle todos los resortes del poder en el departamento.

Por último, la presencia de un “candidato del TIPNIS” (Fernando Vargas, postulante

a Presidente por el Partido Verde de Bolivia) y la participación de un sobreviviente de la “purga” política a la oposición del otrora famoso CONALDE (Consejo Nacional Democrático) —Ernesto Suárez Sattori, como candidato a la vicepresidencia por Unidad Demócrata (UD)— otorgaron a las últimas elecciones un aroma distinto, genuinamente beniano.